BLANCA
MONS. FRANCISCO VALDES SUBERGASEAUX
Obispo de Osorno

La presente semblanza

tiene un carácter íntimo y a la vez ejemplar; fue destinada, en un principio, a parientes y amigos de Blanca, luego, en un segundo pensamiento y por una loable sugerencia, su tiraje se aumentó: hubo quienes pensaron que en recuerdo de ella se pudiera reunir un grupo que continuara una obra que le fuera muy grata, aunando esfuerzos a quien escribió este opúsculo, su querido hermano, Mons. Francisco Valdés, Obispo de Osorno: me refiero a la continuación de la Catedral de San Mateo de Osorno, cuya obra gruesa está por terminarse. En 1961, un tercio del país quedó destruido o dañado, lo que conmovió al mundo entero, recibiéndose ayudas innumerables; en cuanto a nuestros templos, sitios de oración consagrados y de culto comunitario, quedaron entregados al esfuerzo ferviente de los católicos chilenos; así, la Catedral de Osorno comenzó a levantar sus arcos, sus tres naves, su cruz; será, sin lugar a duda, el más hermoso monumento erguido entre tantas pruebas y dolores en aquel Sur nuestro, uno de los lugares más hermosos de la tierra.

Demos, pues, nuestra generosidad a una obra tan nuestra y significativa; cada cual, y sus amigos, incorporémosnos con el espíritu de quien recuerda esta semblanza, dándonos a esa obra con el más fervoroso e íntimo Amor.

M. V. S.

Dirección del Obispado de Osorno,
casilla 899, Osorno.

BLANCO Y AZUL 7

HOGAR, LEJANO HOGAR 9

SU TEMPLE 13

SERVIR 16

DIA RADIANTE 20

NIDO FAMILIAR 22

DE NUEVO EN ROMA Y EN ASIS 24

LA PARTIDA 28

BLANCA

No viniste al mundo para obtener éxito. Viniste al mundo para tener un gran corazón y para sufrir.

PEGUY

NOS HA PARECIDO que el significado de la vida de nuestra hermana puede servir a quienes buscan su mirada en el recuerdo, y tal vez a otros más: "No se enciende la luz para ponerla bajo el celemín". Y, además, la deuda de gratitud, de simpatía y de admiración con ella contraída no sólo por los suyos, espera una manera de cancelación, al hacerla presente aunque sea esbozando brevemente esta semblanza.

MONS. FRANCISCO VALDÉS SUBERCASEAUX

Blanco y azul

HA CORRIDO un año desde que dejó de caminar por nuestros senderos. A la distancia los recuerdos se han unificado para entregarnos una figura suya expresiva como un símbolo.

Blanca tenía escogido su nombre con anticipación profética por parte de quien previó sus días. Una luz interior la rendía diáfana en su mirada, en su palabra, en su actitud. Era su morada interior blanca como una estancia sencilla pero acogedora, en la cual todos se encantaban como en casa de amigos. La simplicidad de la paloma se avenía en su ser perfectamente con la prudencia de la serpiente, como si esta disposición del Evangelio hubiese sido el clima de su espíritu.

El azul de sus ojos reflejaba nítidamente ese otro azul que nos la oculta hoy a la mirada. Y este color con el blanco de su nombre son los más sugerentes para descifrar el símbolo de su figura personal: el blanco de su nombre y de su alma, el azul de su mirada y de su cielo.

Su espíritu no pasó de juventud, como si hubiese sido destinada a las bodas eternas sin pasar por los años del cansancio. No juventud de edad, porque estaba en plenitud, sino juventud de anhelos de alegría y de belleza. La hermana pequeñita de nuestra infancia, la joven esbelta y elegante, la esposa y la madre quedaron en molde tan destacado y fino, tan igual a sí mismo en todo el trayecto, que no podemos imaginarla sino como siempre se mostró, blanca y azul, bella y buena.

Había nacido para ser feliz, y no dejó de serlo. Grandes y manifiestos dones naturales de gracia y simpatía, bienestar y regalos, de esos que muchos ansían, no eran su secreto de felicidad. Cuando todo comenzó a derrumbarse y la vida dio el aviso de alarma para dejarlo todo; cuando los sufrimientos tomaron posesión de su humanidad, Blanca dio muestras de

tener cifrada su felicidad en otros valores, en otro destino que es herencia más que humana, adquirida con la Fe. La niña agraciada, la compañera alegre, la esposa fiel, la hermana servicial, la madre solícita, era también la mujer fuerte.

Blanca, no estás para nuestro bien perdida. Los hermanos te seguimos amando. Para que tu cariño sencillo y tierno, fuerte y bien templado en su yunque de tus largos sufrimientos, sea percibido por nosotros, perdona que hagamos desfilar algunas páginas de tu libro, hilvanadas con recuerdos personales captados casi siempre a la distancia por quien te tenía muy cerca en espíritu, en ese abrazo fraternal que no interrumpe sino que perfecciona la vida religiosa.

Muchas anécdotas y detalles sabrán añadir quienes convivieron con ella en diversas etapas. Todos concordarán en los rasgos que la hacían ser quien era. Todos reclaman su presencia añorando la alegría por ella difundida.

"Si no podemos conversar con ella, no cesemos de conversar sobre ella*", y el consuelo nos será provechoso, y su bien se difundirá nuevamente entre nosotros, lo mismo hoy que cuando la teníamos.

*San Jerónimo.

Hogar, lejano hogar

UNA PALABRA sintetiza el hechizo que la infancia sigue ejerciendo sobre los nietos de Amalia y Ramón, desde su lejanía creciente: la Chacra Subercaseaux.

Todo lo que allí, en ese tiempo y ese espacio quedó comprendido, dictaría como dictó para Blanca la madre, en sus Memorias aún inéditas, material de buena ley para la historia, la poesía, la mística y otros géneros literarios.

Todo allí tenía un nimbo, no sólo ese nimbo que vemos a la distancia eliminando tiempos pasados. Eran las personas que nos rodeaban de cerca o de lejos. Era la norma de belleza natural y artística que enmarcaba nuestras percepciones. Era el fluido vital acompasado con ritmo y armonía en un ambiente sabio, prudente, sereno, serio y alegre al mismo tiempo, orientado en crescendo "ad mayora quotidie", siempre más arriba. Era el conjunto de bellas y grandes proporciones lo que daba a la vida de la Chacra su fuerza formadora, su valor pedagógico.

Los cinco hermanos recibíamos, como un resplandor natural, el influjo de personas que inspiraban veneración y admiración, cuyos nombres no podemos olvidar. Grandeza de alma, sensibilidad, ternura de corazón, estudio de la perfección espiritual y proyección social, formaban toda una atmósfera, perfumada además por la música, la pintura, las condiciones armoniosas de los prados y jardines que formaban el Parque.

Aunque los niños, como era uso de aquel tiempo, poco contacto teníamos con el mundo de los grandes, ni tomábamos parte en la mesa ni se nos preguntaba por gustos o deseos: recibíamos a grandes sorbos el caudal de ese ambiente, no turbado por trajines urbanos; la Chacra era pleno campo en las afueras de Santiago, no influenciado por factores ajenos a la familia.

Los abuelos eran verdaderos príncipes del espíritu. En el hogar se había acumulado la energía de doña Magdalena Vicuña, el arte de los Subercaseaux, la inquietud viajera de los Urmeneta, el señorío de los Errázuriz, la mística de los Valdivieso.

Los escritores, los políticos, los músicos, los eclesiásticos, los diplomáticos de diversas naciones se turnaban por los años de nuestra infancia en la casa y el parque de la Chacra. Para los niños había acceso ciertos días de cada semana a la "biblioteca". Era éste, sobre todo, durante el invierno, el corazón del hogar. Allí se hacía música, se dibujaba, se leía, se conversaba junto al fuego de la chimenea, bajo la antigua lámpara. La intimidad del hogar era sagrada como una catedral. La asimilación de la cultura clásica se hacía al compás de la vida. Las dimensiones del arte, del pensamiento y de la conducta se desarrollaban en conjunto y en comunidad, sin afán de exhibición, sin rebuscamiento ni pretensiones. Allí se aprendía a comprender y a admirar los grandes genios y sus producciones, al mismo tiempo que los héroes del cristianismo, los santos de la Iglesia de Dios. Casi se diría que las vidas de los Santos llevaban la preferencia en cuanto a su valoración absoluta.

Una vez que nuestra familia contó varios nuevos vástagos, otras dos casas adjuntas a la Chacra fueron habitadas sucesivamente. Primero el chalet de estilo francés, edificado por el abuelo para nosotros, donde llegaron los menores, y luego la casa grande, la que dio dimensiones especiales a nuestra imaginación infantil y juvenil. Había sido íntegramente planificada por nuestro padre, tomando por base los grandes muros de las viejas bodegas de la Chacra.

Blanca era en el hogar como una piedra preciosa de valor desconocido que esperaba ser descubierta. Siempre en compañía de su hermana que la precedía en edad, era como su sombra, su gemela. De tal manera se integraban y se complementaban que se hubiera creído imposible la existencia de una sin la otra. Su timidez fue creciendo durante sus años de infancia

de tal manera que se llamaba "la niñita del miedo". No que fuese huraña, ni menos caprichosa. La dominaba un sentido de respeto y de admiración candorosa, condición que atraía mucha simpatía sobre sí. Muy rubia, de ojos azules y facciones regulares recordaba uno de esos ángeles de Melozo da Forli extasiados sobre el Pesebre.

Las características hogareñas fueron condensándose con el andar de los años. La personalidad rica, superdotada de la madre, junto con la presencia solícita, ecuánime y recta del padre ponían en la línea del desarrollo una dirección de superación personal y de espiritualidad sobria poco común. Las jornadas de estudio y de trabajo imprimían al hogar contornos de colegio o de convento, en el cual la oración comunitaria tenía su lugar indefectible. Una campana en la madrugada señalaba el comienzo de la jornada para toda la familia. Los domingos y festivos se gozaba ingenua pero verdaderamente con aquellos alicientes que los años de entonces ofrecían, en aquellas afueras de Santiago semirrurales. Breves paseos en los automóviles del abuelo Ramón Valdés o de algunos tíos, o música y lectura en la biblioteca de la Chacra, más tarde en el gran salón donde retumbaban los acordes del órgano. Sólo algún film de gran calibre en el curso del año, o conciertos clásicos, o visitas a los abuelos nos llevaban a la ciudad. Más tarde el colegio fue asimilándonos a la juventud de nuestra edad, que veía en nosotros, generalmente, niños educados a la europea.

Las vacaciones eran un acontecimiento famoso cada una. Se merecían una novela. Allí están los numerosos cuadernos del Diario Negro, escritos sucesivamente por chicos y grandes, con dibujos ilustrativos que dan testimonio de un optimismo y una alegría poco comunes en la juventud, siempre ansiosa de sensaciones novedosas. La alegría no la buscábamos fuera, era más bien condición que aspirábamos a comunicar a nuestro alrededor. El canto en familia, comenzando por las canciones de Noël, nuestra revista francesa, y más tarde avanzando por los cuartetos

y la polifonía, significaron unión, disciplina, vitalidad y deseos de dar. No era raro que todo el vagón del ferrocarril en que viajábamos por horas interminables al lejano Sur, guardara silencio para escuchar nuestros cuartetos vocales.

Las vacaciones transcurridas en Santa Fe, Penco, Pichilemu, Curacautín, Valdivia, Puerto Varas, Cholque, Purén y, finalmente, Los Pinos, sobre el Río Valdivia, fueron etapas de formación llenas de felicidad familiar, de recuerdos imborrables. Así la chilenidad nuestra fue moldeándose con todo el ascendiente europeo que aportaron nuestros padres al hogar. Cuando, más tarde, sonó la hora para nosotros, de atravesar las fronteras y cruzar los mares, habíamos de encontrar en Italia, en Francia, en Inglaterra o en Alemania conceptos, cultura, idiomas y costumbres que no nos eran del todo extraños. El gran viaje familiar a Europa el año 27 fue como una coronación de la obra educadora, aunque para los menores iba a ser como un nuevo comienzo. Los mayores, en cambio, encontraron en ese viaje los derroteros en el destino de la vida.

Blanca y Maiga, al regresar de dicho viaje, fueron por primera vez al colegio en la ciudad. Hasta entonces las clases habían tenido lugar, en unión con los primos, con una institutriz que llegaba diariamente hasta el Llano. Vino después el segundo viaje a Italia y el período de estudios en la Trinitá dei Monti, el colegio más tradicional y noble de la eterna ciudad. Por último, las Esclavas, en Santiago.

La silueta de nuestra hermana fue perfilándose hacia lo definitivo, hacia esa marca sencilla y profunda sólo perceptible a través de los años, que la había de caracterizar.

Su temple

ES FACIL juzgar livianamente —lo más corriente—, tomar las apariencias por realidad, ignorar los secretos que son la substancia del ser humano. En una sociedad y una civilización ansiosa por valorizar la belleza, aun sin saberla descifrar, ni formular, ni reproducir con acierto, muy pocos miran, a través del rostro de una mujer hermosa el símbolo de otros valores superiores. Cuántas miradas dirigidas hacia la figura de Blanca, que no descubría fácilmente su interior, seguramente supieron apreciar sólo la perfección de las facciones, el colorido lozano, el porte proporcionado y elegante. No la conocieron.

Lo que vivía más adentro, esos elementos que sólo van tomando cuerpo a través de una convivencia observadora, la Blanca cuya personalidad ahora hemos descifrado, enrollando la madeja, era no sólo producto de su naturaleza ("qué tienes, hombre, que no lo hayas recibido", escribe Pablo a los Corintios) aunque ciertamente aprendió a cultivarla en su interior. Era toda una herencia acumulada, eran diversos metales finos aleados en el crisol del hogar y forjado por mano de los forjadores fuertes que fueron nuestros padres, que Dios tenga en su reino y nosotros en el recuerdo de nuestra obligada conciencia.

Ese caudal venía largo desde atrás, de procedencia diversa aclimatada entre los Andes y el Pacífico, con leyes de selección orientadas prudentemente, con criterios espirituales.

Resulta visible que los canales del caudal familiar eran mayormente mujeres, mujeres de categoría superior, mujeres de nuestro Chile pobre, joven y altivo, no fácilmente igualables en nuestros pueblos americanos.

Blanca las reflejó a su manera, aunque no seamos capaces de distinguir por separado esa serie de rasgos con los cuales

aquéllas pasaron a la posteridad. Sumados, amalgamados, conjugados esos rasgos requerirían de fina percepción psicológica y de conocimientos genealógicos para ser descritos con propiedad. Sin duda algo de lo que escribe Gabriela Mistral sobre la abuela nos sirve de derrotero.

"Los Errázuriz, gente de mando, se traían sus durezas, los ángulos secos que deben golpear y la masa sin poros que debe resistir. Doña Amalia nació con destino de templarlos y de permearlos, y tan bien lo hizo que ahora corre su hebra de miel adentro de ese apellido, por vasco terco, y más aún correrá la de su hijo benedictino y tal vez la de sus nietos.

"Cristiana abonada de inteligencia, la interesaban con vehemencia las artes religiosas que los fieles de su tiempo han envilecido o dejado de mano con desdén. Sabía como la criatura de sentidos dobles que es la latina, tan gustosa de ver lo grato, de oír lo grato, que el templo pide música digna del recinto, y los nichos imágenes removedoras, y cada detalle profundidad y fineza.

"Ausente de mi tierra muchos años, yo ignoro si esta alma que se nos ha acabado tiene reemplazante a su tamaño o si deja en nuestra nacionalidad esa cuartadora de las murallas patronas que nos inquieta mirar cuando las advertimos.

"Es difícil; cuesta mucho hacer un alma dentro de este ángulo de acción mística; cuesta más de lo que creen los hijos del 89, los optimistas de la Revolución Francesa, dar a luz una creatura humana de veras, a pesar de la instrucción gratuita y obligatoria, a pesar de los bienestares regalones de la clase media y a pesar de la pérdida por la conservación de las "élites". Química un poco secreta es la de esos morteros y esas retortas de donde sale de pronto en una raza nueva, fermental, pero algo basta, una Amalia Errázuriz, cuya fórmula nadie sabría dar aunque pusiera los sumandos más posibles: sangre de la Vasconia, cristianismo agustiniano, equilibrio de facultades,

posición social, ascendencia cargada de excitaciones ejemplares y cultura latina mayoritaria".

La suavidad de carácter, la moderación y el sentido práctico, la estabilidad de convicciones y costumbres eran en Blanca rasgos provenientes por el padre, de ese linaje firme y seguro como un buen solar para edificar edificios a cualquiera altura, que llegado de Asturias puso sus energías en el trabajo del campo de este Nuevo Extremo.

No había de ser en vano que los antiguos eran recordados con veneración, y que sus retratos penden aún en los muros de los hogares de la descendencia. Blanca guardó en sus interiores muchas lecciones antiguas; la sangre supo hacerlas vida.

"Lo que da a la persona su valor es siempre menos lo que se hace que LO QUE SE ES" (P. van der Meer de W.).

Servir

> La où la femme est plus profondément elle même elle n'est pas elle même, car elle s'est donnée.
>
> G. von Lefort

HAY VIRTUDES brillantes, que hacen grandes a las personas ante la sociedad, activas, realizadoras, de rápida eficacia.

Hay virtudes escondidas, pequeñas, invisibles, pasivas, cuya eficacia es parecida a la del grano de trigo que, mientras no muere en el surco permanece solo, infecundo.

El llamado de cada cual está como insertado en sus características. Y el esfuerzo de una responsabilidad consciente y dócil edifica eso que llamamos la personalidad. Son muy distintos los talentos distribuidos por el Padre de familia para ser elaborados entre los servidores.

El llamado de Blanca era servir. La inclinación y la conciencia parecían andar de acuerdo, por lo cual le resultaba natural, gracioso y provechoso, sin afectación, como acertadamente lo describe Pemán en boca de Ignacio que aconseja a Javier:

no hay virtud más eminente
que de hacer sencillamente
lo que tenemos que hacer.

Gran sabiduría es esta de tener presente antes los deberes que los derechos, y poco común entre los hijos de los hombres. Es, al fin y al cabo, lo más útil y prudente: acarrea optimismo y termina conquistando por adentro los corazones y las voluntades.

Es posible, sin embargo, que a veces no haya comprensión para una entrega silenciosa de esta especie, que no siente inquietud por hacer juicios, que prefiere callar antes que criticar y condenar. Tragarse el sufrimiento le es más propio, sabiendo, a la postre, que hay quien juzgue y quien premie en tiempo oportuno.

Blanca fue la joven, la esposa, la madre de temperamento alegre en una especie de segundo plan, en el cual la descubrían sus admiradores. Estaba allí al servicio de los demás. En su juventud fue elemento siempre buscado para excursiones, fiestas, paseos y conciertos. Su puesto ya se sabía cuál era, y su ausencia no encontraba reemplazante.

Fue, más tarde, la compañera del papá y la mamá en el hogar, cuando éste iba quedando mermado con la partida de los mayores. Me parece verla afanada en disponer las cosas de casa olvidada de sí, o sobre el volante cumpliendo comisiones y encargos, siempre sirviendo. Allí están las innumerables comisiones y solicitudes del hermano misionero en Araucanía que tenía en ella una secretaria diligente durante largos 20 años. Cuando éste llegaba a la capital estaba ella al volante, hecha toda atención, difundiendo optimismo, irradiando alegría y buen humor, feliz de hacer feliz a quien atendía.

Otros testimonios surgirán, por cierto, no ahora, sino el último día. Y serán aquellos que recibieron de su derecha lo que su izquierda nunca supo. Enfermos, niños abandonados, afligidos, necesitados. Cuántos viajes a los asilos, hospitales, centros de servicio social, sobre todo en el tiempo de calamidades, como el terremoto, las inundaciones. Quien escribe estas líneas sabía que al descargar en ella sus solicitudes quedaban en manos seguras, como si sólo para eso dispusiera de su tiempo y su voluntad.

Se tenía la impresión que no había para Blanca felicidad igual a la de hacer contentos a los demás. Las alegrías que tan copiosamente le brindó la vida, carecían para ella de valor si

no eran participadas. Recitaba con su actuación aquellas rimas de Amado Nervo que dicen:

Oh, si tú conocieses la alegría de dar,
mira que es la forma más hermosa de amar.
Que reciban los otros parte de nuestro ser;
ser fuente generosa para todo deber,
reconocerse agua y darse sin cesar,
pues las almas son plantas a las que hay que regar.
Benditos y felices los que logran decir:
"Hoy me he dado". Merecen la pena de vivir.
A la mujer que sufre la alegra tu reír,
al hombre que trabaja lo anima tu cantar,
Y tú puedes cantar y puedes reír.
Olvida tu sufrir y olvida tu llorar.
Regálate a ti mismo la alegría de dar.

Poco había sido el afán de darse en días de salud y bienestar, en comparación con aquel que le reservaban los días de la prueba. Entonces el servicio era dejarse servir, para ella sin duda el más difícil, el único que parecía superior a sus fuerzas. La que había sido siempre sana, robusta, optimista y servicial tenía que ser puesta sobre el yunque. Y mantuvo su valor, y no cambió su carácter. Que no se preocupasen tanto; que se podía valer de sus fuerzas, que todo pasaría; que salieran a pasear y estuvieran contentos.

Así fue su historia durante los largos meses y años de naufragio, entre inquietudes renovadas, entre síntomas descifrados uno tras otro, exámenes, mejorías momentáneas y recaídas, viajes al extranjero con dificultades inmensas que en ella nunca se reflejaban. Siempre admirable y admirada por médicos, enfermeras y amigos de todas clases. En Nueva York no pueden olvidarla, y su recuerdo entre las enfermeras estará vivo. Parece

que su último servicio, prestado con clara conciencia, fue el de servir de ejemplo en la entrega final conforme y contenta, dispuesta y preparada. También este servicio entraba en el concepto que de la vida se había formado, no para formularlo en palabras, sino para realizarlo.

Dichoso yo si al fin del día
un odio menos llevo en mí,
si una luz más mis pasos guía
si un error más logré extinguir.
Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió,
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

GABRIELA MISTRAL

Día radiante

Viaje de Blanca a Europa

Habían transcurrido largos años de juventud y sus padres quisieron premiar su abnegación. Las penas del alma, que tampoco habían faltado, esas que corren silenciosas enseñando a avanzar, la habían hecho madurar, siempre hacia adentro. Su irradiación de juventud alegre y sincera no sufría limaduras de años ni de sinsabores.

Su compañera de viaje era María Teresa, fiel amiga.

Pero este viaje iba a tener para Blanca un significado inesperado. Las cosas anduvieron como concertadas por mano invisible, como sucesos de novela, o mejor como en esos casos de maravillosa Providencia de las vidas de los Santos.

La sorpresa de los padres fue grande al leer el cable que, desde Roma, anunciaba matrimonio. Lo que no se había resuelto en meses y años, ni parecía tener raíces, se había convertido en resolución. El ambiente cuajado de emociones preparadas por todo el ascendiente espiritual de los viejos lugares que anidaron tantos factores de nuestra educación y de nuestra cultura, provocaron el encuentro de los corazones sin resistencia.

No es difícil imaginar cómo florecerían las costas italianas del Tirreno, la Campiña Romana, las ruinas imperiales, Florencia y Venecia en este idilio surgido de existentes raíces subterráneas.

Tíos, hermanos, parientes y amigos no faltaban en Roma a la sazón. Los embajadores ofrecieron su representación para la anunciada celebración de bodas.

En cuanto a la designación del lugar, el consenso fue unánime, sin posible discusión: la Basílica Patriarcal de Asís. Los

recuerdos de familia se habían acumulado por decenios en ese rincón único de Italia y del mundo. Tenían ambos la experiencia de un Asís que habla con elocuencia secular del vuelo divino del más enamorado de Dios entre los hombres.

Asís. Allí están los lugares descritos por Amalia en tantas cartas de familia de sus largas estadas a la sombra de su Santo preferido. Allí los paisajes y callejuelas pintados en acuarelas cristalinas por el tío Pedro en su Vida de San Francisco. Allí el tío Juan predicó con maestría sobre el significado del Poverello en la Primera Misa del sobrino que escribe estas líneas. Allí, en fin, el hogar espiritual de la familia en tres generaciones.

El cortejo, al atravesar las anchas bóvedas oscuras de la Iglesia inferior, íntegramente decoradas por Giotto y Cimabue, sobre las grandes losas disparejas que han pisado peregrinos durante siete siglos, no acertaría a preocuparse de otras miradas que no fuesen las de los ausentes del lejano Chile, o los de ese otro mundo invisible representados con ingenuidad y maestría por los primitivos del Renacimiento en aquellos muros. Allí los ensueños más idealistas quedaron superados. Los viejos siglos medievales se hicieron presentes, y la vida del espíritu recibió impulso como para seguir por esa clase de huellas a pesar de los tiempos y las contingencias.

En las retinas de los felices noveles esposos quedaba grabado ese escenario tan singular, y en los archivos del Sacro Convento quedaba, igualmente conservado el documento del Sacramento allí recibido.

¡Asís, estación de avanzada en el camino de la ascensión, continúa tu misión de faro sobre esta familia que tantos vínculos contigo tiene contraídos!

Nido familiar

EL FUNDAMENTO del hogar estaba echado. Nada se improvisaba, habiendo sido preparado en generaciones que pensaron en el porvenir.

Quedaban por repensar los principios de acción y las conclusiones prácticas, el sentido fundamental y los detalles cotidianos, la responsabilidad personal y la comprensiva convivencia.

Dos voluntades se habían hecho una. Los factores se avenían a la comunidad, y el amor superó fácilmente las divergencias. Había consistencia y las nuevas vidas tenían suelo fértil para germinar vigorosas.

Cada detalle en la casita debería ser expresión de valores significativos, en armonía permanente lo útil con lo bello, lo alegre con lo serio, lo temporal con lo espiritual. Se había de sentir como un peso el maravilloso pasado, cuajado de bendiciones, de gracias y de bienes de todas clases. No estaban solos, sin embargo, con el peso de esta responsabilidad. El tercero y silencioso Compañero mantendría abierto en el hogar el horizonte de eternidad que da a la vida sentido comprensible. Estaba asegurado en la Escritura y comprobado en la experiencia aquello de que "donde dos o más están unidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos" (Mat. 18, 20).

Los regalos vivos llegaron. En el primero se miraron los padres extasiados como si fuera un milagro; la niña trajo más y más recuerdos de Asís, por lo que, como el tío misionero, recibió el nombre del Poverello. De carácter firme, tiene rasgos aún no confirmados que tal vez logren, con el trabajo y los recuerdos de la madre, enfilarla en la línea de aquellas mujeres ilustres de su ascendencia.

El segundo, que lleva el nombre del padre, va entrando hoy, serio y juicioso, en las responsabilidades juveniles llevando bien marcada la huella materna.

El menor, predilecto, tímido al mismo tiempo y decidido, ha sabido lo que significa ser Benjamín de la familia. Lleva el nombre grave del abuelo paterno y tiene signo de esperanza.

En la difícil tarea de la educación, Blanca se mostró a la altura de su misión: logró templar la energía con la bondad, las exigencias con la paciencia y la comprensión. Supo siempre para todo encontrar tiempo y gusto. El orden le era connatural. No se complicaba ante la diversidad de las preocupaciones y nunca los problemas la acongojaron hasta turbarla. Tenía el arte de saber terminar bien la jornada, la semana, el año.

Se deslizaron uno tras otros buenos diecisiete años de vida hogareña. Los rasgos característicos de nuestra hermana no hicieron más que confirmarse y acentuarse. Suavidad de madre, vigor de mujer fuerte y corazón de reina del hogar.

De nuevo en Roma y en Asís

UN GRAN DESEO llevaba Blanca en sus adentros para sus niños, y era el poder mostrarles personalmente aquellos tesoros de belleza, de historia, de religión, de heroicidad y de nobleza de alma que habían formado el caudal familiar, con factores seleccionados de los viejos países de cristiandad europea, cuna de nuestra cultura. Sus niños habían llegado a la edad de poder percibirlo como un complemento, mediante un viaje en debidas condiciones, habiendo recibido ya, en el hogar, esa iniciación sólida que no se aprende en libros ni en viajes. Llevar, pues, a Europa sus tres niños era para Blanca y su marido un sueño de felicidad que se haría realidad.

El itinerario fue estudiado atentamente. Se aprovecharía la presencia del tío, Padre Conciliar en el Vaticano II. Para los tres chicos se habían fijado varios meses de estudio en colegios de Roma.

La travesía se hizo en barco español hasta Barcelona para continuar luego por el sur de Francia hasta Italia. Génova, Milán, Venecia y Florencia fueron etapas que aumentaban gradualmente la admiración. Por fin apareció Roma del alma, en la que se acumulan, para quien la ha sabido apreciar en profundidad, todos los anhelos de la fe y de la esperanza, sobre ese suelo de los más grandes recuerdos de la historia del Cristianismo.

Era en octubre del 64. Recuerdo la emoción con la cual Blanca al teléfono me participó su llegada. Pronto nos habíamos de encontrar en Piazza San Pietro, y luego sobre la tumba del Apóstol. Se fijó el día siguiente la Misa en Mater Admirabilis, en Trinitá dei Monti.

Hacía 36 años que habíamos vivido en familia en la Ciudad de los Papas, los abuelos y nosotros en la Embajada de vía Po. María de novia y luego recién casada, las dos niñitas en la Trinitá, Gabriel en San Giuseppe y el que escribe en el Pío Latino. Todos esos recuerdos recobraban nueva vida.

Cada mañana los cinco peregrinos esperaban con curiosidad el momento de la salida de los padres conciliares de la Basílica, en ese espectáculo ultrarromano de los miles de prelados con sus rojos y morados derramándose desde las puertas de bronce por la ancha plaza.

Pudimos visitar juntos las grandes basílicas y muchas otras de esas innumerables iglesias, cada cual con sus recuerdos históricos y familiares que tenían significado en la historia de nuestra fe y de nuestra propia vida espiritual, como aquella de San Giovanni in Porta Latina, o San Claudio, o María Regina dei Cuiri. Y luego las catacumbas, y el Coliseo, y otras ruinas, y los museos.

Se organizó para un fin de semana una excursión a Nápoles y la costa amalfitana. Blanca era la capitana del grupo y nada había de faltar. Su felicidad subía siempre de grado. La gran ciudad de Santa Lucía, de la luna y del canto nos dejó un recuerdo imborrable, sobre todo por un almuerzo en una azotea marítima junto a las barcas, amenizado con los más típicos tenores napolitanos entonando al son de sus guitarras esas canciones de incomparable gracia y encanto regional. Después vinieron las admiraciones sobre Pompeya, Sorrento, Ravello y Amalfi. Ravello era la meta de nuestra excursión, ya que en su catedral, viejísima construcción románico-etrusca, encaramada sobre la cima del alto monte y rodeada en forma inverosímil por caseríos y callejas de indescriptible belleza y colorido, había sido confirmado Mariano en sus días de noviazgo con Blanca diecisiete años atrás.

Había, sin embargo, otra meta aun más ansiada, la que se había considerado como objetivo número uno del gran viaje:

Asís, donde recibiría Ignacio, el menor de la familia, su Primera Comunión.

En un pequeño Fiat gentilmente cedido para el caso por las Hermanas de Santa Marta salimos una mañana mudos de emoción por la Strada del Sole rumbo a Umbría. Dejamos la maravillosa moderna carretera a la altura de Terni: atravesamos Spoletto, Foligno y Spello y subimos por la falda del Subasio para entrar por la Porta Santa Chiara, en la cual leímos la bendición de San Francisco para todos los moradores y peregrinos que a través de los siglos subirían hasta su pueblecito natal. Parecía estar dirigida a nosotros, lejanos peregrinos del más lejano país del Occidente.

Continuamos por callejuelas estrechas, Piazza della Minerva y avistamos desde via San Francesco la radiante Basílica sobre el Colle del Paradiso, destacada sobre el azul del ancho valle umbrío, con su silenciosa majestad secular, con su misticismo semejante a un poema épico de la más heroica aventura espiritual.

Pocos momentos después nos arrodillábamos, sobrecogidos por la devoción, sobre las frías losas de la cripta inferior, mirando al frente sumergida en la roca de travertino y envuelta en gruesos fierros negros la urna de piedra rústica en que fuera colocado ocultamente por fray Elías el cuerpo de ese hombre pequeñito de alma gigante que fue Francisco de Asís.

Blanca se encargó de la preparación del niño para su Comunión.

Los demás no queríamos perder un momento sin recorrer aquellas callejas y visitar cuanto rincón nos ofrecía un recuerdo, un paisaje, una emoción singular, como solamente en Asís se las puede experimentar. En la ascensión por los derruidos muros de la Rocca Maggiore no hubo hueco ni almena ni torre sin recorrer, y hasta un entierro secreto se nos ocurrió dejar en un hueco de la torre más alta, para volverlo a desenterrar en alguna ocasión del porvenir.

Llegó la mañana de la fiesta familiar, Blanca radiante de felicidad parecía una reina con su príncipe heredero. Dios le había concedido la alegría más grande de su vida. Lo que ese lugar y en esa ocasión le significaba no era para descrito.

Los frailes menores del Sacro Convento habían dispuesto con primor la ceremonia, el canto, las flores, los ornamentos. Quien escribe no podía dejar de trasladarse a treinta años atrás, en aquel lugar y sobre el mismo altar en que había cantado solemnemente su Primera Misa. Ahora asistían sólo el pequeño grupo de los frailes conventuales, dos petites soeurs de Jesús amigas residentes en los bajos de San Damián, y los cinco de familia. La compañía invisible era mucho mayor, sobre todo de aquellos lejanos en el tiempo y el espacio a quienes debíamos el descubrimiento de esta mina que la considerábamos nuestro hogar espiritual, Asís. Algo así como un destino misterioso, buscado y querido con el corazón nos había preparado y orientado, a través de largos años y viajes renovados, desde generaciones pretéritas, como si entre Francisco hijo de Pietro y Donna Picca y los nietos de Amalia y de Ramón hubiese un vínculo de sangre común, una línea de fuerzas convergentes, una simpatía irresistible.

La partida

EL SIGNO se hizo visible y comprensible, mejor que durante los años de su trayectoria, en los momentos en que nuestra resignación llegó a exigirnos dejarla para siempre. Sólo allí Blanca surgió en su verdadera dimensión.

Resignarse había sido una invitación inaceptable, pero la insistencia nos vencía implacablemente. Nos preguntábamos una y otra vez si esta resignación tenía sentido, si no habría otra actitud más concordante con la situación que a todos nos asaltaba como un enemigo implacable. Y en verdad nada dejó por hacerse. Primero unidos con la Madre en secreto cuchicheo. Y luego solos, huérfanos desde hacía un año, nos volvíamos a preguntar si era posible esto de tener que resignarnos a perderla. Y por qué a ella, joven, llena de vida, en pleno cumplimiento de su gran misión de mujer, esposa y madre.

La lucha fue tenaz. Se conjuró todo el poder del ingenio y la pericia, de la ciencia y de la técnica. Se había conjurado, con no menores esperanzas, la intervención de lo alto, buscando la intercesión de amigos poderosos en el Reino, de esos que supieron y saben valer por los que lloran en el valle de la esperanza.

Dos años duró la interminable alternativa que hoy no queremos recordar. Una estrella estuvo siempre brillando, la que hoy comprendemos mejor, en el fondo del camino por el que vamos todos. Dos años Blanca en juego, nosotros notificados, con la mirada hacia la estrella y un nudo adentro cada mañana. Y cada despertar nocturno.

Muy cargados de duro vivir fueron aquellos meses. Eran como el precio que debíamos pagar por valores nuevos que, al perderla, íbamos a ganar. Estábamos recibiendo una lección

de vida de subido precio. Ella la pagó primera, más dolorosa que nosotros, pero sin una lágrima, ni queja, ni otro gesto que no fuese sonrisa expresiva, signo verdadero de una realidad interior. Poco sería calificarla de serenidad. Más bien era de entrega segura, deseo de servir en otra dimensión, reflejo de una seguridad muy bien anclada.

Era la fe de nuestra hermana, y nosotros sus testigos. Antes no lo habíamos logrado comprobar, fuera de esa búsqueda de Dios que especialmente en Asís se leía en su mirada y seguía sus pasos. Los valores máximos del espíritu, esos que pertenecen al orden metafísico de los que aciertan a disertar los genios del pensamiento abstracto, habían podido ser vividos en el silencio interior de una vida corriente sin que nadie se apercibiese. Vida cristiana. Cuando hubo llegado la gran prueba, la del dolor, cuando una por una las fibras del ser fueron interrogadas por el sufrimiento, entonces quedó el oro fino pasado por crisol. Brilló la fe que vale más que el oro y los brillantes. La fe que no es adorno cultural, ni una postura convencional, ni un sentimiento piadoso al margen de la vida. Sino la vida misma del espíritu, la "substancia de las cosas que se esperan" según la expresión paulina.

Dos años de prueba, primero para ella. Y tras su solemne lección, para nosotros, en el difícil trance de la resignación. Si era difícil la que a nosotros se nos pedía, ¿cómo hubiésemos, sin mirar la suya, aprendido a resignarnos ante su partida? Incomparable el significado de su resignación maravillosa en parangón a la nuestra.

Sus facciones perfectas, su tranquila seguridad de cristiana que va de viaje, su candor intocado, su "curso consumado" en la unidad de su ser y su figura, en la rectitud de una línea desde la llegada hasta la partida, la estela luminosa que habíamos visto cruzar junto a nosotros el espacio de la existencia, eran nuestro consuelo.

Y nuestro dolor era solamente el pago de la deuda a quien nos la dio y nos la quitó. Por eso las lágrimas carecieron de amargor aquella tarde de junio. Allí estaba, como siempre reina, por última vez nuestra hermana. Se había entregado. Y era la entrega el significado profundo de toda su vida. ¡Ahora podíamos comprenderlo!

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A. - SAN FRANCISCO 454 - SANTIAGO